

EL LEÓN MORIBUNDO

ESCENAS DE LA VIDA ARTÍSTICA

(Conclusión.)

Empezó el acto segundo, de descanso completo para el tenor, y el público acentuó su mala intención contra éste, aplaudiendo vigorosamente al barítono, un ex carpintero ó cosa así, español neto, sin estilo ni educación musical, que cantaba, inmóvil como un poste telegráfico, levantando de cuando en cuando un brazo con una regularidad automática, pero cuya voz potente y bien tim-



brada se elevaba sin dificultad al registro agudo. Fué aclamado en el aria, en el dúo con Leonor, en el concertante, y aquellos aplausos fueron á herir al veterano, que esperaba sentado en su camerino, la prosecución del suplicio que se le preparaba al llegar el acto tercero.

Y su cruel esperanza se realizó con un refinamiento espantoso. Cuando un público teatral se encarnaiza con su víctima, lo hace con detalles de inexplicable barbarie: goza realmente en el sufrimiento ajeno, y al silbido que censura, añade la risa grosera y bestial que ultraja al vencido...

Por primera vez en su vida, comprendió la infinita amargura del artista silbado y escarnecido. Aplastado bajo el peso de aquel escándalo brutal, creciente, que se traducía en silbidos estridentes, en mugidores voceros, en risotadas innobles, en gritos furiosos que parodiaban el ladrar del perro ó el cacareo del gallo, el desgraciado sentía que las piernas se le doblaban, que sus ojos se obscurecían y que un sollozo nervioso iba á cortar la voz en su garganta. Andaba, gesticulaba y cantaba maquinalmente, sumido en una especie de estupefacción dolorosa, semejante á una pesadilla, de la que despertaba violentamente á cada momento, sacudido por las sonoridades de la orquesta, el clamor de los coros, y los rugidos del público ensañado con el mísero, cuya mirada imploraba en vano un poco de misericordia. ¡Ah! si algunos minutos después, cuando corrido de nuevo el telón se diseminaban los concurrentes por pasillos y corredores, resucitando los comentarios del primer entreacto, hubiesen podido contemplar aquellos inconscientes verdugos la escena que se desarrollaba en el cuarto del tenor, á buen seguro que más de uno hubiera sentido el rubor de la vergüenza quemar sus mejillas y oprimida el alma por el remordimiento de una mala acción.

Sentado en una silla, con los codos sobre una mesa y la cabeza oculta entre las manos, un hombre sollozaba convulsivamente. A su lado, de pie, la misma jovencita de antes, en cuyo pálido y hermoso rostro se concentraba una intensa expresión de ira y de dolor, tendía el puño en el aire y de sus labios trémulos brotaban maldiciones: ¡Canaglia!... ¡Canaglia!... ¡infami! Después, inclinada sobre su padre, rodeándole con sus brazos, hablábale dulcemente, con infinita ternura, y en su melodioso habla, procuraba consolar aquella horrible amargura, repitiendo á cada punto entre afectuosas frases:

—Non piange, ti prego... non piange, mio povero...

Levantaba él la cabeza y nada era tan triste como aquella faz descompuesta, semi cubierta por una capa de bermellón, en la cual las lágrimas abrían numerosos surcos y lividas rayas. Los ojos, anegados en llanto, miraban con aflicción y desvarío y de su boca entreabierta salía

un hipo lloroso... Abrió los brazos, como invocando en su desesperación un alivio, y la doncellita le oprimió entre los suyos, cubriendo el rostro, secando las lágrimas bajo un diluvio de besos.

Mudo testigo hasta entonces de esa escena, un individuo vestido con elegancia algo cursi, cubierto de joyas y cuya fisonomía vulgar expresaban la más viva contrariedad, el aburrimiento del hombre que acaba de realizar un mal negocio, adelantó dos pasos y encarándose con el tenor, —Vamos á ver, amigo mío—le dijo—no hay que tomar las cosas tan á pecho... ¡qué diablos! ya sabéis lo caprichoso y lo... extravagante que es un público, cuando se pone de mal humor... no hay que darle tanta importancia á sus arrebatos... vamos, calma, calma... tome usted ese cordial que he hecho preparar, y repóngase un poco... el cuarto acto empezará dentro de diez minutos y conviene tener...

Nadini no le dejó concluir. Púsose en pie y, clavando su mirada en el empresario, replicó con firmeza:

—Buscad quien cante el último acto: yo no quiero, ni puedo hacerlo.

—Pero—balbuceó el caballo blanco aterrado—bien sabéis... que... que es preciso concluir la ópera...

—Que la concluya otro... ¡oh! después de mí, cualquiera puede hacerlo... un partiquino, un corista será bastante para reemplazarme.

—¡Eso no es posible!—gimió el empresario—¡por Dios! amigo mío, no me pongáis en tan terrible compromiso.

Pero el artista, sin escuchar sus lamentaciones, hizo un gesto á su hija y ésta sacó de su corpiño una carterita de que se apoderó Nadini; con nerviosa mano cogió algunos billetes de banco, y alargándolos al empresario, dijo simplemente:

—Ahí está todo el dinero que me habéis anticipado por mi contrata, incluso el importe del viaje: compongáis como mejor sepáis.

Iba el industrial á protestar... pero una reflexión salvadora iluminó su mente. Acordóse de cierto ambiciosillo, valiente como él solo, que rondaba todas las noches por entre bastidores, que había cantado de tenor durante el verano pasado, en teatros de cuarto orden, y que no rehusaría ciertamente el encargo del *spinto gentil* y del dúo...

—Por cuatro mimos y veinte duros, el nene aceptará de mil amores: anunciaremos al público que Nadini ha caído en síncope, y saldremos del paso.—añadió el empresario, que después de meterse los billetes en el bolsillo, salió disparado del aposento en busca del providencial tenorino.

Había transcurrido media hora: una lluvia de invierno, menuda y glacial caía silenciosa sobre las enlodadas calles, apenas iluminadas, en medio de la niebla que lo invadía todo, por el macilento fulgor del gas al través de los empañados cristales. Olíase continuo y rápido rodar de carruajes, cuyo estrépito se perdía y diseminaba en mil distintas direcciones. En uno de ellos y reclinada sobre los almohadones del fondo, una dama ya encanecida dejaba correr, en la obscuridad que reinaba en el interior del cómodo cupé, las lágrimas que había reprimido durante tres interminables horas, las más crueles tal vez que pasara en toda su vida.

Al doblar una esquina, el cochero de tuvo bruscamente con un violento tirón de riendas á los fogosos alazanes, al propio tiempo que vibraba un agudo chillido de mujer. Había faltado poco para que dos transeúntes, una pareja que cruzaba la calle, cayeran bajo las patas de los brutos. Asomaron á las portezuelas tres rostros alarmados, y la vieja señora reconoció, al resplandor enviado por las linternas del carruaje, la faz pálida y enojada de su antiguo enamorado, cuyos labios lanzaban un apóstrofe contra el auriga, mientras que la actitud del brazo parecía proteger todavía á la niña que iba á su lado. Después, el cupé volvió á rodar rápido, y sólo durante un momento pudo distinguir la dama la silueta del artista, perdiéndose en la negrura de la noche.

Y entonces sintió que una inmensa y lacinante compasión le destruía el alma y sus labios apretaron convulsivos el pañuelo de encaje para ahogar un sollozo.



EZEQUIEL BOIXET

INMORTALES AMERICANAS

ZOILA AURORA CÁCERES (EVANGELINA)

El siglo pasado fué indiscutiblemente el soberano del vapor y de la electricidad; pero, según creo, la centuria presente ha de ser fecundísima por lo rápido de las concepciones y porque, dado el espíritu de la época, todo ha de tener un desarrollo fabuloso y con triple velocidad que la alcanzada en los mejores tiempos de su antecesora.

Tengo para mí que hoy las inteligencias se desenvuelven con imponderable é increíble prontitud, y que siguiendo la rotación universal, se forman las reputaciones y llegan á la cúspide en cortísimo espacio sin que hayan menester de años y años, de trabajosas luchas, para conquistar puesto elevado, en las artes, en las ciencias ó en la literatura.

Desde luego los estudios son más profundos é inculcan en las imaginaciones ideas y ambiciones, que eran desconocidas antes en la edad juvenil.

No anduvo desacertado el autor que, en los comienzos del siglo XIX, formuló la célebre frase: «Ya no hay niños», porque es lo cierto, que la precocidad ha sido, desde hace algunos años, el privilegio de aquellos que en los colegios y en los conventos se formaban, para la actual generación.

El pensamiento se ha engrandecido, se ha vigorizado, ha tenido ambientes propicios para adquirir instantáneo desenvolvimiento, haciendo la evolución rápida de crisálida á mariposa.

Hemos visto niños con toda la aureola de sabios, y mujercitas que, aun con el traje de colegialas, seducían ya por las singulares manifestaciones de su talento.

Verdaderamente la carrera de la humanidad es vertiginosa; hay que reconocer, admirar y aplaudir este inconmensurable afán, esa inspiración latente por alcanzar un nombre y señalarse en las diferentes escalas del saber humano, y ésto cuando los ideales de la ciencia moderna descubren horizontes tan hermosos, tan brillantes, tan cuajados de promesas, que hacen más fácil el camino, menos punzantes las espinas y no tan ariscos los abrojos que anteriormente eran la rémora para todas las grandes capacidades.

El hondo estudio de los problemas sociales, el moderno empuje que han tomado las ideas en el terreno científico, han hecho brotar como por encanto, adeptos de la nueva escuela que, al consagrarse á ella, han puesto en relieve sus aptitudes intelectuales.

La ciencia universal, que abraza en su conjunto raudales de pensamientos, y es, en su forma, inmensa cúpula de colosal edificio, presenta tan variadas y múltiples fases que necesariamente encadenan, enamoran y convidan á engolfarse hasta en lo más recóndito de la exploración analítica, que asume carácter especial, dominador y singularmente atractivo.

Hay en París una famosa escuela de Altos Estudios Sociales, donde se aquilatan los conocimientos más extensos y se profundiza en cuestiones de elevada trascendencia, en todo lo que se relaciona con los más grandiosos ideales del progreso, á la altura de este siglo de luz y de electricidad. En la citada Escuela se desarrolla el genio, toma colorido más acentuado, y acaba por perfeccionar la obra más hermosa de la naturaleza; el entendimiento.

Allí, en ese centro, piensa, medita, observa y puebla de ideas nuevas la pensadora mente, una joven, casi una niña, tan notable por su belleza como por su talento.

Descuella como la flor en su broche, con todas esas delicadas seducciones de la mujer peruana, que reúne en sí el donaire, la dulzura y la vivacidad de una inteligencia tan despejada como sólida.

Evangelina, es una de esas organizaciones, á las que hacemos alusión en los principios de este artículo; y sus aptitudes intelectuales se desenvolvieron con indescriptible rapidez y sin desfallecer, ni abatirse, ante la magnitud de la idea, se apartó de la vida real, para soñar con la gloria. Sus primeros escritos fueron acogidos con aplauso, y en breve plazo obtuvieron merceda popularidad.

No vacilo en creer que algunos de los lectores del ALBUM SALÓN habrán saboreado los bellísimos *Cuentos Literarios*, publicados en Buenos Aires, en la *Ilustración Sud-Americana*, reproducidos en la *Paq.* (Bolivia), en el periódico *Literatura y Arte* y en otras importantes diarias de Guayaquil y de Montevideo.

El primer éxito, estimuló á la precoz escritora, y con mayor ahinco se consagró á estudios tal vez demasiado serios para su edad temprana, pero á los cuales la inclinaban las condiciones singulares de su carácter, no siendo ajena tampoco á estas tendencias, la atmósfera en que se había encontrado desde niña.

Todo escritor crea estilo que responda á la especialidad de sus condiciones intelectuales, á los idealismos de su imaginación y al mayor ó menor grado analítico de sus estudios.

Hay, además, la riqueza descriptiva, la forma propia, la frase afilegrana, ó pulida, que también acusa á veces cierta rudeza ó desaliño, el sello ya filosófico ó bien poético, todo lo cual hace reconocer al escritor, sin apelar á la firma, autorizándolo en todas sus obras.

Evangelina pertenece al número de aquellos talentos privilegiados que tienen estilo propio, y en sus correspondencias, en sus artículos ó en labores imaginativas más extensos, resalta un corte especial, reflejándose en sus trabajos literarios el espíritu observador y el sentimiento más exquisito y más puro.

Colabora en el *Pensamiento Latino*, revista internacional que ve la luz pública en Santiago de Chile; en sus columnas registran artículos psicológicos, jurídicos, científicos, artísticos y de amena literatura, correspondiendo por entero todos los colaboradores al credo del periódico, y acusando la austeridad de las ideas, á cuya propaganda se ha consagrado el *Pensamiento Latino*.

En *El Grito del Pueblo*, importante publicación ecuatoriana, aparece la firma de Evangelina, acreditando siempre en sus producciones el clarísimo ingenio, la delicadeza y finura de su pluma y la crítica sutil y razonada, hija de un recto criterio y de la variedad y riqueza de conocimientos literarios, artísticos y científicos.

También se enorgullece con sus correspondencias *El Mundo Latino* que, á favor de titánica lucha, publica en Madrid el doctor é incansable escritor M. G. Madueño.

La noble joven, americana por su nacimiento y europea por lo profundo y vasto de su instrucción, se inspira siempre en la escuela de la verdad humana y en los anchos horizontes de esta edad, progresista por excelencia.

Lo venidero, el futuro para Evangelina, se destaca entre irisados colores y destellos de mágica luz. La gloria comienza ya á tejer la corona de laurel que ha de ceñir su hermosa frente.

Hija de un hombre ilustre, supremo mandatario en el Perú y militar valeroso, el general Andrés Avelino Cáceres, ha templado su alma en las energías de aquél, vigorizándola también en las luchas políticas de su patria, las cuales ejercieron magna influencia en la vida del soldado que luchó sin tregua y en diferentes ocasiones por salvar el honor nacional. Aún la joven escritora anhela más elevado rango: más alta perfección: jerarquía sólida en el campo de las letras.

Los problemas sociales y sensacionales, obtienen la predilección de Evangelina: encuentra en ellos tanto encanto, tanta novedad, tan anchos horizontes, que hablan con idioma nuevo á su alma y á su mente enamorada de lo desconocido.

Laureles no han de faltarle á la estudiosa y gallarda hija de aquel clásico suelo de los Incas.

Á la gloria noble aspira. Hacia ella va. En el santuario hermoso, se grabará su nombre.

LA BARONESA DE WILSON



FUGITIVA

Cuando embarqué en Veracruz, la vi por primera vez á bordo del «Veloz» que iba á zarpar hacia las costas españolas.

Sonreía hablando tranquilamente con otra señorita y una señora de edad, que creí al pronto fueran sus compañeras de viaje; pero no, porque cuando se dió el orden de despejar para soltar las amarras y marcharnos, vi como se abrazaban, despidiéndose, lo que produjo cierta conmoción en los que se quedaban, iniciándose las lágrimas en sus ojos. Pero la otra, echándose á reír, entre burlona y alegre,

—¡No; no por Dios! — exclamó con cómico terror, — ¡no vayáis á llorar! ¡Las escenas tristes me emocionan!

Acabaron por mostrar todas bien pronto, risueña placidez en sus semblantes, y poco después, agitaban sus manos dándose el adiós de despedida, unas sobre el muelle, á bordo, la otra, del «Veloz».

—Es la primer despedida en seco que he visto en las mujeres, — me dijo un diplomático que paseaba de arriba abajo conmigo.

—Pues son su madre y su hermana, — afirmó uno de los oficiales.

Marchaba ya el buque con alguna velocidad, y como permaneciera ella inclinada mirando la costa que se veía ya lejos, se acercó mi compañero y la ofreció unos gemelos de gran presión. Con los gemelos pegados en los ojos, estaba aún cuando nosotros apenas si distinguíamos ya el puerto de Veracruz. Muy luego los devolví dándole las gracias, y comenzó á andar de aquí para allá, contestando con amabilidad si la preguntaban, sonriendo, y contemplándolo todo con viveza de pájaro. Un día hubo fuego á bordo (porque nos ocurrieron la mar de calamidades durante aquel viaje), y cuando corríamos todos azorados, hombres y mujeres, vi asomar por la cámara de señoras su carita risueña, y of su vocecita burlona me preguntaba:

—¡Qué! ¿Es que nos vamos á convertir todos en chicharrones?

Ocho días después se rompió el timón, habiéndose de utilizar el de repuesto, y manifestó ella deseos de que se rompiera también, para prolongar el viaje un poquito. Hubo en fin una tormenta terrible, tan terrible, que la misma tripulación se mostraba inquieta y preocupada. Por entre las rendijas de algún camarote veíase el pálido reflejo de los cabitos de vela del Santísimo que á previsión habían llevado algunas señoras, y en un grupito, rezábase el trisagio oyéndose el santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos... Mi gentil pasajera, se subió al camarín de cubierta, y se puso á tocar el piano. Las señoras se alborotaron diciendo que aquello era tentar á Dios.

—Se equivocan ustedes, — contestó ella sin pizca de presunción, — pero es que me parece á mí, que si Dios quiere que nos ahogemos, lo mejor que podemos hacer es acatar su voluntad.

—A usted, — la dijo un día el capitán en la mesa, — creo que la ocurre lo que á un andaluz que llevamos una vez con nosotros. Fué entonces el peligro bastante mayor que en la pasada tormenta, porque se trataba de un ciclón que dicho andaluz contemplaba impávido de la manera más tranquila y apacible, cuanto todo era llanto y consternación á bordo.

Mientras maniobrábamos, me había á mí llamado la atención tanta

tranquilidad; pero no estaba yo entonces para observaciones. Cuando pasó el peligro,

—Es usted muy valiente, — le dije. — ¡No le infunden á usted miedo los ciclones?

—¡Ciclón aquello? — me contestó admirado. — ¡Quién ¡no lo crea usted! ¡Lo que yo dejé en Sevilla, capitán! aquello sí que era un ciclón!

Nos echamos todos á reír. Mis nuestra compañera con una gravedad muy desusada en ella,

—Pues el andaluz aquí, — repuso lenta y tristemente — era muy feliz. ¡Pudo dejar su ciclón en Sevilla! También quedó el mío en Veracruz, pero volveré á encontrarle, quizás mucho más terrible aún en Barcelona. Ahora, capitán, — añadió con cierta amargura, — estoy en el centro que sabe usted es siempre tranquilo; pero naufragare, es muy probable en cuanto salga de á bordo.

Nos causó tanta sorpresa aquello que nos quedamos mirándola asombrados.

—¡Miren! — exclamó ella riéndose de pronto, — ya se me han quedado todos ustedes hechos unos papamoscas.

Nos reímos de nuevo y, broma al fin, se olvidó muy pronto el incidente. Tuve yo que quedarme en Málaga y lo sentí á fe mía. Echaría de menos, sin duda, al diablillo aquí, que tan ameno hizo nuestro viaje á pesar de las muchas peripecias que nos ocurrieron.

En Barcelona, algún tiempo después, fui á presenciar la colocación de una estatua en el panteón de un amigo mío que se hallaba fuera y que, al marcharse, me hizo ese encargo para que estuviera atento á ciertos detalles.

Al salir del cementerio, vi entrar un ataúd blanquísimo, sin más acompañamiento que una mujer con pañuelo á la cabeza. Me interesan siempre esos ataúdes blancos. Seguí á aquél hasta la sala de observación, y cuando lo descubrieron me quedé frío. Era ella, mi compañera de viaje. La mujer del pañuelo á la cabeza lloraba, al parecer, con bastante desconsuelo.

—¿Es usted de la familia? — la pregunté.

—No, no señorito; ¡pero no sabe usted la pena tan grande que tengo!

¡Era tan desgraciada esa pobre criatura! ¡Y yo, yo misma tengo mucha culpa de su muerte!

Esas mujeres del pueblo suelen, á veces, tener franquezas sublimes.

Bien hubiera yo deseado conocer algún detalle de aquella vida que se había ya extinguido; pero mi interlocutora se mostró sobre ese particular muy poco explícita. A las preguntas discretas que la dirigí, sólo contestó:

—Sí, sí; conmigo vivía... ¿Que si era buena? ya lo creo que lo era, mucho, muchísimo; ¡pero tenía una suerte más perra...! ¡Ah! ¿con que la conoció usted cuando vino de allá tan lejos?... ¿De su familia? ¡Bah! de eso no había que hablar, ¿para qué? ¡Todo había sido igual para la criatura aquélla!...

—¡Si hasta yo, señorito, — añadió — la he martirizado todo cuanto he podido! — y al decir esto, sus sollozos se acentuaron, cada vez con mayor desconsuelo. Después, un poco más franca en lo que á ella sólo se refería,

— Cuando hace poco estaba muriendo, — prosiguió — la pedí perdón, porque hace unos quince días le di un disgusto ¡tan grandel ¡tan grandel encima de los muchos que tenía ya la pobrecita, que lloviendo, diluviando como estaba se fué por esas calles de Dios, desesperada, triste. Cuando volvió ¡tenía una fiebre!... El médico dijo que se nos iba á escapar. Cuando vi que de verdad se moría, la pedí perdón, como le he dicho á usted, señorito; pero ella, sonriéndose, en las agonías de la muerte,

— No te apures, Marcela — contestó. — Si me muero, será la primera cosa agradable y duradera que me habrá ocurrido en mi vida. No debo sentir, ni tú tampoco, el que me vaya de este mundo, porque vine aquí con muy mala sombra. ¡Si tuviera que volver, ya procuraría que mi mala estrella no tuviera una cola tan largal... — ¡Ya ve usted, señorito, bromeando siempre, hasta lo último! ¡Bien que entonces, no tenía aquella carita tan risueña, sino una amarillez de muerte!

Oyendo aquello, se me oprimió el corazón, no podía respirar, ¡me ahogaba!

¡El ciclón!... ¡Sí, sí que le había alcanzado á la infeliz! Miré aquella forma blanca, que hubiera yo querido galvanizar, haciéndola vivir, para arrancarla en seguida la confidencia de sus amarguras. Porque sentía anhelo, afán tardío de dulcificar sus tristezas infinitas, que no supe yo adivinar, viéndola tan alegre y expansiva á bordo del «Veloz». ¡Por mucho tiempo, sí, la contemplé!

Debió ser ilusión y lo que me pareció sonrisa, contracción dolorosa de su agonía; pero lo que es á mí, se me antojaba que aquella carita se sonreía, burlándose aún de todos nosotros.

Me encontré estas notas en la calle, dentro de una carterita con las iniciales J. H.

¿De quién será?

EMILIA GARGALLO

DOÑA BLANCA DE NAVARRA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

EXISTEN criaturas cuya vida parece toda consagrada á padecer.

En estas mismas columnas nos hemos ocupado de la triste suerte del Príncipe don Carlos de Viana, y hoy vamos á tratar de la no menos desgraciada de su hermana doña Blanca de Navarra. ¡Acompañó á los dos un sino bien desdichado en su dolorosa perigrinación por este para ellos con harta justicia llamado valle de lágrimas!

Muy niña aún, á los doce años (había nacido en Octubre de 1424) vióse desposada con el Infante de Castilla don Enrique, que mas tarde reinó con el título, bien raro por cierto, de Enrique IV el Impotente.

Por su corta edad no pudieron hacer vida marital, retardándose juntarlos hasta que doña Blanca hubo cumplido los quince años, ocurriendo un suceso por demás extraño.

Apenas unidos los esposos procedióse á anular el casamiento porque los médicos declararon impotente al príncipe, y el mismo don Enrique declaró, que su joven esposa, después de haber pasado por el lecho nupcial, continuaba tal y como antes.

¡Misterios son estos de la política y de los palacios, que apenas comprendemos los míseros mortales!

Y los calificamos de misterios porque, roto el casamiento, no tardó don Enrique en contraer otro con la hermosa doña Juana de Portugal; y lo que es más, en sostener ilícitas relaciones con la linda doña Guio-mar, dama de su mujer, á la que un día la reina, en una fiesta de Pala-

cio, golpeó cruelmente con su zapato. Entonces el monarca sacóla de Madrid y la llevó á una magnífica quinta situada á dos leguas de esta villa, donde la visitaba frecuentemente, dice el Padre Mariana, para *holgar con ella*.

La infeliz doña Blanca, llena de vergüenza y de dolor, hubo de regresar á Navarra á continuar su triste calvario.

Sabido es que su padre, el inhumano don Juan II, viudo de su esposa, la heroica y noble doña Blanca de Navarra, á la que debió el trono mientras él andaba intrigando en Nápoles y en Castilla, casó nuevamente con doña Juana Enriquez, mujer despótica y cruel, ambiciosa y perversa, cuya vida entera consagróse á divorciar á don Juan de sus hijos don Carlos y doña Blanca, ansiosa de que las coronas de Aragón y Navarra las cñiera su hijo don Fernando.

No es posible decir si la tenacidad de doña Juana fué mas grande ó no que la debilidad de don Juan, al que manejó á su capricho.

Primero, dirigió todos sus tiros contra el Príncipe de Viana, hasta lograr ponerle frente á frente de su padre, en un campo de batalla; luego, consiguió obligarle á abandonar Navarra y Cataluña, por Nápoles y Messina; después, cuando le vió tornar á Barcelona y próximo á una reconciliación con su padre, reconciliación que los catalanes y navarros le imponían, procuró, de nuevo, malquistarlo con el autor de sus días, haciendo que le prendiesen en Lérida; y, por último, á fin de vengar las



PRISIÓN DE DOÑA BLANCA DE NAVARRA. — (Cuadro de EDUARDO ROSALES)

Fot. de J. Laurent y C.ª (Madrid).

humillaciones que Barcelona la hizo sufrir no permitiéndola la entrada en su recinto mientras al príncipe le agasajaba y victoreaba con loco entusiasmo, le envenenó.

Pero quedaba otra heredera legítima del reino de Navarra, por testamento de su madre, la princesa doña Blanca, y contra ella dirigió sus certeros golpes, ansiosa de deshacerse del rival de su hijo y de vengar en la noble princesa la lealtad que había guardado á su querido hermano el Príncipe de Viana.

Explotando hábilmente las condiciones de la tercera hija de la reina doña Blanca, la princesa Leonor, casada con el conde de Foix, le atrajo á su partido, y logró enemistarla con sus hermanos, prometiéndole el reino de Navarra á la muerte de su padre don Juan.

Al efecto, don Juan concertó con el rey de Francia, Luis XI, uno de los políticos más hábiles y uno de los hombres más malvados de su tiempo, que éste le ayudaría á expulsar de Navarra las tropas de Castilla, á cambio de ceder don Juan la Navarra, después de su muerte, á su yerno Gastón de Foix, y de entregar su hija doña Blanca, la heredera legítima, á su hermana doña Leonor (1462).

Doña Blanca, desde la muerte de su hermano Carlos, vivía como prisionera de su padre, ó por mejor decirlo de su madrastra, en el castillo de Olite.

Avísola don Juan que se preparase á marchar á Francia, donde tenía concertado su casamiento con el duque de Berry, hermano del rey.

Prevenida la infeliz de lo que contra ella se tramaba, lo resistió con cuanto energía pudo, pero su desnaturalizado padre la llevó casi arrastrando á los estados del conde de Foix.

En tan grave situación, apeló á los nobles navarros y hasta se dirigió á su esposo Enrique de Castilla, en una sentida carta que arrancó lágrimas aun á los corazones más secos, trasmitiéndole todos sus derechos y suplicándole que procurase su libertad. ¡Todo inútil!

En San Juan de Pie de Puerto fué entregada, dice Mesón, en nombre del conde de Foix al Captal de Buch por orden del rey su padre, que fué lo mismo que entregar el pastor la inocente oveja al lobo.

Llevada al castillo de Orther, en Bearne, vivió allí algunos meses en la mayor miseria y víctima de los más grandes sufrimientos, hasta concluir sus días envenenada ¡por su propia hermana doña Leonor!

La traslación de los restos del insigne pintor Eduardo Rosales, en unión de los malogrados Larra y Espronceda, y la Exposición de sus obras dispuesta por el Gobierno, ha reverdecido los laureles del artista admirable que ejecutó para honra suya y gloria de España *La muerte de Lucrecia* y *El Testamento de Isabel la Católica*. A él se debe el cuadro que hoy copia ALBUM SALÓN, deseo de rendir este nuevo tributo á su memoria, cuadro de los menos conocidos y quizás más bello de aquel genio colosal.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS